

LA UNIVERSIDAD Y EL DESARROLLO HUMANISTA ¹

por **Mons. Dr. Octavio N. Derisi**

Rector Honorario de la Pontificia
Universidad Católica Argentina

I

EL HUMANISMO O CULTURA

1. *El mundo natural*

Los seres inferiores al hombre constituyen el mundo natural. Está formado por los entes que son, viven y sienten; pero son seres que no entienden ni tienen conciencia refleja de que son y carecen de libertad. Se trata de seres que son, pero no saben que son ni saben que las cosas son y mucho menos qué son las cosas. El *ser* como tal está velado a ellos. Aún los animales que conocen los seres y el propio ser, no lo conocen de hecho como ser. Tampoco tienen dominio sobre el ser de las cosas y sobre el propio ser. Su actividad está regulada por leyes fisicoquímicas, biológicas e instintivas, con amplitud creciente, pero siempre sujetas al *determinismo o necesidad causal*.

2. *El mundo espiritual del hombre*

Frente a este mundo *natural* inconsciente o a lo más con una conciencia oscura y sujeto a la necesidad del determinismo, el hombre no sólo es, sino que *sabe que él es y que las cosas son*, que tiene conciencia de su ser y del ser de las cosas, y tiene *dominio de su propia actividad* para modificar el ser de las cosas y el ser propio en busca del bien de los mismos. De este modo el hombre a más de ser, tiene un doble dominio de su ser *por la conciencia y la libertad*. Su ser y de las cosas bajo la luz de la inteligencia comienzan como a ser de nuevo y bajo la voluntad libre se transforman y acrecientan su ser o bien.

1 Conferencia pronunciada en ocasión de recibir el disertante el título de Profesor Honorario de la Universidad de Mendoza.

3. *La cultura o Humanismo*

Este mundo propio del hombre, que nace bajo el impulso creador de su espíritu, esta transformación o perfección del ser de las cosas y del propio ser humano por su inteligencia y su voluntad, constituye por eso el mundo propio y específico del hombre, el mundo de la *cultura o humanismo*. La cultura es el ámbito de la realidad creado por el espíritu del hombre y cuyo destinatario último es ese mismo espíritu. En la inmanencia espiritual de la conciencia y de la libertad se forja y nace la cultura, que luego logra independencia en sus encarnaciones materiales. Precisamente por este origen y destino espiritual humano, la *cultura* es la impregnación de las cosas y del hombre con su espíritu humano, es *humanismo*.

La inteligencia de-vela el ser o bien trascendente inmanente, y, con él, las relaciones de los seres, los medios para conseguir el ser o bien. La voluntad a su vez, bajo la dirección de la inteligencia, llega a tener y tiene los medios para conseguir o realizar el bien en las cosas y en el propio hombre.

La naturaleza —el mundo creado por Dios— se transforma y perfecciona, acrecienta su bien por esta intervención del espíritu humano y da origen a este nuevo mundo creado y usufructuado por la persona humana, que es la cultura, mundo no creado de la nada como el mundo natural por Dios, sino del mundo natural por el hombre. El hombre con cultura continúa y perfecciona la obra de Dios, ha recibido el espíritu con el cual, a imagen y semejanza de Dios —es capaz de acrecentar el bien en los seres del mundo y del propio ser—.

El hombre no puede dejar de hacer cultura; y no puede vivir sin cultura.

4. *Los estratos de la cultura*

Originada en el espíritu, la cultura o bien informa a la inteligencia o bien a la voluntad libre informada y dirigida por la inteligencia. En el primer caso se trata de la organización de la propia actividad intelectual en orden a la consecución de su bien, que es la *verdad*; en el segundo de la organización de la actividad volitiva-intelectiva en orden a la consecución del *bien en* las cosas materiales y en la propia actividad espiritual.

De este modo, la transformación o el bien logrado por el espíritu que es la cultura o humanismo, se ubica en tres estratos.

1. — La del *hacer*, que nace de la voluntad dirigida por la inteligencia, se ordena a la transformación de las cosas materiales —sin ex-

cluir al propio ser material del hombre— bien para hacerlas útiles —*actividad técnica*— bien para hacerlas bellas —*arte*—. En este primer momento la actividad de la voluntad informada por los juicios de la inteligencia se vuelca sobre las cosas para adaptar sus cualidades naturales a un mayor servicio del hombre, o sea, para crear en ella un *bien útil*, que por sí solos los entes naturales no poseen. Tal la *técnica*, la actividad espiritual que incide y hace *útiles* a las cosas materiales.

En el mismo plano y generalmente unido a la técnica, bien que con un fin más noble y desinteresado, actúa la *actividad artística*: procede también de la voluntad e inteligencia e incide en los seres corpóreos para hacerlos *hermosos*. Conviene recordar que la cultura de este sector del *hacer* no consiste tanto en la realización de un acto, como en la creación de los *hábitos* del técnico o *artesano* y del *artista* —en el acrecentamiento humano permanente que ellos implican— que enriquecido con ellos es capaz de emplearlos de un modo permanente en obras útiles o bellas, respectivamente. Esta cultura hace bueno al hombre, no como hombre, sino *como artífice, poeta, pintor, etc.*

2.— En el segundo plano se ubica la actividad volitivo-intelectiva del *obrar* en busca del *bien*, pero no ya de las cosas exteriores, sino de la propia libertad y, a través de ella, del propio hombre en su ser específico espiritual. La cultura aquí, proveniente como siempre del espíritu, incide y transforma la propia actividad espiritual inmanente para lograr hacerla *buena*, se trata de la actividad moral, que se dirige a ordenar la libertad por los cauces de las normas morales en dirección al *bien humano* y, en definitiva, a la consecución del último fin o bien del hombre, que no es otro que la Verdad, bondad y belleza infinitas de Dios. Esta obra de cultura consiste en ordenar de un modo permanente la libertad a su bien, en hacer *buena* a la libertad y, con ella, *al hombre como hombre*. Tal la transformación de los hábitos o *virtudes morales* que enriquecen al hombre al ordenarlo permanentemente al *bien honesto*, que *Lo perfecciona como hombre*, i. al obra de cultura comprende los diversos sectores del orden que dependen de la moral: como el orden jurídico, político, económico y social en general, habido es que la voluntad tiende de sí al bien humano u honesto. Si con frecuencia claudica es porque es arrastrada por los apetitos inferiores de la sensibilidad, ya a los bienes deleitables, ya a rehuir las dificultades y dolores sensibles con detrimento del bien honesto, ya a su propio bien con detrimento del bien de los demás. Las virtudes ponen orden permanente, al conferir a la voluntad un dominio habitual sobre sus pasiones. Tales las virtudes de la *templanza, fortaleza y justicia*, con las virtudes de ellas dependientes, y la *prudencia*, virtud intelectual que pone la justa medida en las virtudes morales.

3. — También la inteligencia puede descarriarse en la búsqueda de la verdad. En efecto, la verdad de los seres está oculta y no es siempre fácil de develarla sin deformarla.

Por otra parte, las pasiones humanas pueden aumentar esta natural dificultad de de-velar la verdad, cuando se interponen entre ésta y la inteligencia para obnubilarla o desviarla.

Para vencer ambas dificultades, la cultura o actividad volitivo-intelectivo transforma la inteligencia humanamente, la enriquece con los *hábitos permanentes* que la encauzan por los caminos y métodos seguros de la verdad. Tales los hábitos de la *ciencia* y de la *sabiduría*, que procuran la facilidad del raciocinio, ajustada a la evidencia o manifestaciones de la verdad en sus causas inmediatas y últimas, respectivamente. También hábitos *de los principios, la sindéresis, el arte y la prudencia* son virtudes intelectuales.

5. *El orden jerárquico de los tres sectores de la cultura:*

Las diferentes zonas de la cultura constituyen los diferentes bienes logrados por la actividad humana para el propio bien del hombre. Cada uno de ellos es autónomo y se constituye por el bien a cuya consecución se ordena y es bueno en la medida en que lo logra. Así una actividad técnica o artística es buena o mala en la medida en que se realiza *el bien útil o bello propuesto*, y la persona que la ejerce resulta ser un *buen técnico o artista*, de acuerdo a ese bien alcanzado en la cosa material. Otro tanto sucede con la actividad moral, sólo que como la consecución de este bien se logra en la propia voluntad, es decir en el hombre mismo, hace que quien lo consiga sea *bueno como hombre: un hombre bueno*. Otro tanto acaece con la cultura intelectual.

Pero como los distintos sectores de la actividad del hombre están jerárquicamente integrados, sirviendo el inferior al inmediato superior, también así los sectores de la cultura se articulan ordenadamente cada uno al inmediato superior en busca del bien integral del hombre. La actividad técnica y la artística está esencialmente ordenada al servicio del hombre, y para que sean integralmente buenas deben subordinarse al bien humano, que se logra por la cultura moral. Una obra técnica o artísticamente buena deja de ser cultural o humanísticamente buena, sino se aviene y, más todavía, si se opone al bien honesto propio del hombre, pues deja de ser un acrecentamiento humano, deja de ser *humanismo*.

A su vez la actividad moral se subordina a la actividad teórica o contemplativa de la inteligencia, y, por eso, para que ceda verdaderamente al bien del hombre, debe servir a la cultura de la inteligencia,

va que únicamente por la actividad intelectual el hombre logra posesionarse del ser o verdad trascendente, y, en definitiva, del Ser o Verdad trascendente de Dios, con la cual consigue su plenitud o perfección en su actividad espiritual, y por ella, en su ser inmanente, con la consiguiente felicidad.

6. *La cultura, el mundo propio del hombre en el tiempo*

La cultura o perfeccionamiento humano del hombre y de las cosas al servicio del hombre constituye el mundo propio de éste, de su vida específica espiritual; pues procede y está creado por el espíritu o persona humana, y también está esencialmente ordenado inmediata o mediatamente al perfeccionamiento de la persona humana.

Pero el hombre hace y usufructúa la cultura, porque necesita de ella por no ser perfecto, tiene necesidad de perfeccionarse. Cuando llegue al término de su carrera y, más allá de la muerte, logre la consecución de su último fin, la posesión del Bien infinito con la consiguiente plenitud y felicidad, cesará la obra de perfeccionamiento, la obra de cultura o humanismo. La cultura pertenece a la vida terrena y perfecciona al hombre y a las cosas en función del mismo, mientras dura su peregrinación sobre la tierra, precisamente para prepararlo a su perfección definitiva más allá de la vida temporal y de la cultura misma. Esta es obra y está ordenada al *Homo Viator* para disponerlo a la vida definitiva del *Homo Beatus*. Cuando el hombre alcance este estado de beatitud mediante la posesión plena de Dios, estará de más el perfeccionamiento humano mediante la consecución de bienes finitos, el humanismo o cultura; ésta habrá cumplido su misión, misión lábil y temporal, pero a la vez de trascendencia y significación eterna.

6. *El humanismo o cultura cristiana*

En la economía actual de la Providencia el hombre, por una parte, nace en pecado, privado de la gracia o vida de Dios y a la vez herido en su naturaleza; y, por otra, es redimido por Cristo, de modo que, al incorporarse a Él, en su Iglesia, por la fe y el bautismo recibe la gracia santificante, que lo hace hijo de Dios y borra sus pecados, a la vez que sana su naturaleza herida: oscurecida en su inteligencia y debilitada en su voluntad frente a sus inclinaciones inferiores.

Al restañar las heridas y rehabilitar la capacidad de descubrir la verdad, de la inteligencia, y la fuerza de la voluntad para realizar el bien, la *gracia sanante* hace factible una cultura o humanismo, es decir, el desarrollo o enriquecimiento armónico del hombre en sí y en su pro-

yección sobre las cosas en relación con él, sobre todo en los sectores superiores como el de la moral y la vida religiosa y la filosofía. De aquí que el humanismo realizado de una manera integral sólo sea efectivamente posible en un clima de gracia, en un ambiente cristiano, que al restablecer el orden natural, facilita su proyección perfeccionante en el mundo y en sí mismo. En tal sentido el *humanismo cristiano*, lejos de oponerse al verdadero humanismo, es de hecho el único capaz de realizar el humanismo en sus diferentes sectores, en su unidad integral y en su plenitud.

Pero, a más de restañar las heridas en su naturaleza y restablecer en toda su originaria pureza el orden natural del hombre, el Cristianismo crea además en éste, por su incorporación a Cristo en la Iglesia, una nueva vida, divina, que lo constituye *hijo de Dios*. La vida espiritual del hombre logra de este modo, por encima de su vida natural, una nueva dimensión, espiritual y divina, una vida de hijo de Dios, que por la fe se enriquece con un mundo de verdades superiores a la razón, comunicadas por la revelación de Dios, y que, por las virtudes infusas, logra establecer una moral y vida religiosa inspirada por el amor de Dios y del prójimo.

Esta vida divina, por sobre la vida espiritual humana, también se perfecciona de un modo habitual y permanente, logra su *cultura sobrenatural*, por medio de la infusión de las virtudes y por el ejercicio que las robustece.

Un hombre es cristianamente culto, cuando ha afincado y desarrollado en su alma las virtudes sobrenaturales, teologales y morales, infusas, mediante un ejercicio que lo constituye habitual y constantemente ordenado a Dios y, sobre todo, mediante un amor sobrenatural que dirige a Él todos los esfuerzos y actos de su vida. La cultura cristiana se constituye por un perfeccionamiento permanente de la vida divina en el hombre o, si se prefiere, por un acrecentamiento divino del hijo de Dios instaurado por Cristo en el hombre.

II

LA UNIVERSIDAD Y EL DESARROLLO HUMANISTA

8. *Fin de la Universidad*

El fin de la Universidad es la investigación o esfuerzo por develar la verdad oculta de las cosas y su transmisión o docencia. A diferencia de los otros ciclos de enseñanza, la Universidad indaga, intenta descubrir nuevas verdades o nuevos aspectos y profundización de las mismas, y su docencia se constituye como transmisión, más que de la verdad misma, del proceso para descubrirla, en busca de una formación de hábitos de investigación personal y de estudio por propia iniciativa en los alumnos.

9. *Carácter teórico de la Universidad*

Esta finalidad de la Universidad demarca el ámbito de su actividad. Por una parte, ésta comprende la verdad en todas sus manifestaciones, teóricas y prácticas, bien que únicamente bajo la *razón de verdad*. El mundo en todas sus manifestaciones y el hombre en todos sus aspectos, en su ser y vida individual y social, familiar, política, económica y técnica, Dios en sí mismo y en sus relaciones con el hombre, la moral y la religión: nada hay que no constituya objeto de la actividad universitaria. Pero a la vez todo este ámbito objetivo infinito como el ser, únicamente atañe a la Universidad de un modo teórico o contemplativo, *sub ratione veritatis*, aún tratándose de aspectos prácticos de la actividad.

10. *La integración de las ciencias y técnicas especializadas en la Sabiduría de la verdad total*

Cada Facultad o Instituto de la Universidad se consagra al cultivo de una determinada verdad o a sólo algún aspecto de la misma. No hay manifestación alguna de la verdad que no competa o no constituya objeto de la investigación y docencia universitaria.

Pero es propio de la Universidad como tal, por encima del cultivo de las verdades parciales especializadas, realizado en las Facultades e Institutos y Departamentos de aquélla, el cultivo de la verdad sapiencial, de la filosofía —y de la teología, en una sociedad cristiana— que confiere al hombre la visión de su vida y de su Fin y destino eterno y temporal, y que integra aquellas verdades particulares en la Verdad

infinita de Dios, en cuya luz las verdades determinadas logran toda su significación y su ubicación cabal dentro de la Verdad total.

De aquí que sea misión de la Universidad no sólo el cultivo de las verdades científicas y técnicas especializadas, especulativas y prácticas, sino también y sobre todo la verdad filosófico-teológica, que brinda una visión del hombre y de su vida y de su Fin trascendente divino, dentro de la cual aquellas verdades logran su exacto alcance y su integración en una unidad jerárquica de la verdad total y, con ella, su *sentido humano* y su consiguiente sentido *humanista* o *cultural*. De aquí que sea misión de la Universidad en cuanto tal la organización de la *cultura* o *humanismo*, máxime en su cima sapiencial filosófico-teológica, esencialmente desinteresada o *sub rationi veritatis*, sin la cual el cultivo de las verdades científicas y técnicas pierden su significación cabal humanista.

11. *La organización de la cultura o humanismo, fin de la Universidad*

A la Universidad, toca pues, el cultivo de la verdad en todas sus manifestaciones dentro de un orden jerárquico de la verdad total.

Pero le compete a la Universidad, bajo el aspecto intelectual o de la verdad, la organización del esquema o cuadro organizador de toda la cultura o humanismo, es decir, de todas las manifestaciones de la actividad humana en busca del bien del hombre y de las cosas en relación con él tanto en cada persona como en la propia institución universitaria y en la nación. La obra de cultura o perfeccionamiento humano estrictamente tal es *esencialmente práctica*, pertenece su realización a la voluntad informada y dirigida por la inteligencia, en cuanto es *realizadora del bien* en las cosas y del propio hombre y de un modo jerárquico ya indicado.

Pero tal realización de la cultura y humanismo, que comprende el perfeccionamiento o acabamiento de la actividad humana en busca del bien supremo del hombre y que se realiza a través de diversas instituciones, necesita ser previamente organizada teóricamente en un plan que la dirija y encauce por los rectos caminos de la verdad, que la conducen a su verdadero fin. Este plan teórico debe ser trazado en cada uno de sus tramos y en su unidad jerárquica sobre la descripción y fundamentación de cada parte y de su relación con las demás en un todo orgánico sobre la verdad.

Más allá de las tareas de sus Facultades y órganos especializados, es tarea propia y específica de la *Universidad* como tal, trazar con precisión este cuadro teórico de la cultura, señalar y fundar cada uno de

sus sectores y el camino recto y los medios de su realización a la vez que articular de un modo orgánico a los mismos, de modo que contribuyan al bien del hombre, es decir, a su *humanización o cultura*.

En una palabra, compete a la Universidad como tal la organización de la cultura o humanismo *sub specie veritatis*. No le toca a ella realizar la actividad cultural en su integridad, la actividad técnica, artística, económica, política, social, moral o religiosa, en cuanto tales; porque la Universidad no es una fábrica, ni una empresa, ni un partido político, ni una confesión religiosa, etc., no es ella el órgano de la cultura misma en su realización concreta; pero sí es el órgano que la dirige y nutre desde la verdad, que da estructura y sentido a su esencia en sí misma, en cada una de sus partes y en su ordenamiento jerárquico, para que su realización sea realmente *cultura o humanismo*, a saber, una obra de perfeccionamiento humano.

12. *La organización de los grados que confieren sentido humanista a los diversos conocimientos: misión específica de la Universidad*

Si a la Universidad, por su fin específico de investigación y transmisión de la verdad, toca ante todo señalar el objeto y ámbito preciso de cada sector del saber y la relación de cada uno de éstos con los demás y, sobre todo, con la Sabiduría filosófico-teológica, en cuya verdad absoluta se integran de un modo jerárquico y orgánico y logran esclarecer con mayor precisión el alcance determinado de su verdad parcial, le pertenece principalmente y como *Universidad* —más allá e informando y gobernando *académicamente* el conocimiento científico-técnico especializado de las *Facultades*— el estudio y docencia de la verdad absoluta, que hacen al esclarecimiento del hombre y de su vida y de su Fin trascendente y divino y de su destino inmortal y temporal, y que constituyen el *conocimiento estrictamente humanista*, sin el cual los otros conocimientos carecen de tal carácter.

Sin el cultivo de esta Sabiduría, que domina y unifica e impregna de un sentido humano todos los demás conocimientos, la Universidad dejaría de ser tal y se convertiría en un conjunto de Facultades o Escuelas desarticuladas entre sí o, a lo más, vinculadas con un nexo puramente administrativo. De aquí que la Universidad agnóstica haya dejado de ser realmente Universidad, privada como está de la verdad absoluta y de la búsqueda de la misma, la cual únicamente es capaz de descubrir el sentido de perfeccionamiento humano o *humanista* a los restantes conocimientos.

El cultivo de la ciencia sapiencial, que otorga a los estudiantes de las diversas carreras y especialidades una visión común de la verdad

suprema, que esclarece el sentido y significación de ser y vida humano en relación con los demás hombres, con el mundo y con Dios, no sólo les da un conocimiento realmente humanista, capaz de organizar humana y cristianamente bien la vida, sino que otorga también a los distintos sectores especializados del saber su sentido y alcance humano, subordinados e integrados en aquella Sabiduría.

La Universidad actual, al cultivar eminentemente las verdades particulares de las ciencias y de sus aplicaciones técnicas, con exclusión del cultivo de la verdad que se relaciona con el conocimiento del hombre mismo —y del cristiano— y de su consiguiente ordenación a su debido fin, no sólo ha mutilado el mundo del conocimiento y de la verdad precisamente en las zonas más interesantes para el perfeccionamiento humano —las que constituyen y hacen a la esencia misma de la Universidad como tal— sino que se ha dispersado en un conjunto de conocimientos despojados de su sentido último de verdad y de su consiguiente sentido *humanista o cultural*, cuando no han llegado a convertirse en anticulturales o antihumanistas. Piénsese en los enormes esfuerzos científicos y económicos realizados durante los últimos años para la elaboración de los instrumentos mortíferos cada vez más perfectos y los medios anticonceptivos atentatorios de la vida humana.

En tal sentido, la Universidad actual y sobre todo la Universidad Católica —oficial o de factor católica— debe trabajar por precisar la ubicación de su tarea universitaria en este supremo nivel humanista. No se trata de descuidar o menospreciar la especialización, sino de intentar integrar todos los sectores particulares de la misma en una Sabiduría humana, en estos conocimientos rigurosamente humanistas desinteresados, a fin de impregnarlos y darles con ellos un sentido humanista y ponerlos al servicio del conocimiento del hombre y, a través de éste, del hombre mismo individual y social.

La Universidad moderna ha adelantado y progresado aceleradamente en el cultivo de las ciencias empírico-matemáticas, psicológico-sociológicas y en múltiples técnicas especializadas, como la informática y computación, pero las ha desarticulado muchas veces de su sentido humano, y, de este modo, ha descuidado su misión esencial proveniente de cultivar los conocimientos supremos relacionados con el ser y actividad del hombre y de su perfeccionamiento específico.

Esta tarea esencial de la Universidad no ha de detenerse tan sólo en brindar una formación humanista integradora de las diferentes especialidades, a todos sus estudiantes, sino que ha de dirigir sus mejores esfuerzos al cultivo profundo y amplio de los conocimientos humanistas: de la Filosofía y de la Teología y también de las Letras, Artes e

Historia, en las Facultades e Institutos de tales disciplinas. Estas Facultades deben volver a desempeñar un papel preponderante y ocupar un lugar de supremacía espiritual y bienechora sobre todas las demás Facultades y órganos de la Universidad, como la Filosofía y la Teología y demás disciplinas rigurosamente humanistas, que cumplen un papel ordenador e integrador de las demás disciplinas científicas y técnicas especializadas. Son ellas las que deben encargarse de insuflar con su sabiduría en las demás facultades en busca de impregnar de humanismo y de conferir sentido cultural a todos los conocimientos y técnicas especializadas; y para ello han de ser colocadas en un nivel de superioridad sobre las demás Facultades e Institutos.

Digamos que la misión humanista de la Universidad se ejerce, por consiguiente, en una doble dirección: sobre sus estudiantes de las diversas carreras científicas o profesionales y sobre la organización de sus Institutos, a fin de articular un diálogo interdisciplinar en busca de una integración de los diferentes sectores de la ciencia y de sus aplicaciones científicas bajo la dirección sapiencial de los estudios desinteresados, que tocan al acrecentamiento estrictamente espiritual humano, especialmente de la Filosofía y de la Teología.

13. *Carácter cultural o humanista de la formación universitaria: segundo sentido de la misión de la Universidad*

Por otra parte, a diferencia de los ciclos primario y secundario de la enseñanza, el ciclo universitario organiza su labor no como una simple transmisión de conocimientos, sino de investigación y transmisión de los mismos. El maestro universitario, para merecer tal nombre, no se ha de limitar a exponer sino a rehacer el proceso de investigación con que se ha llegado a una determinada verdad y a crear la inquietud y los *hábitos* para de-velar por cuenta propia la verdad, o en otros términos, a crear los hábitos del trabajo científico.

Lo que pueda transmitir de verdad la Universidad en sus alumnos, en los escasos años de su paso por sus aulas, es realmente poco y además sujeto a continuo perfeccionamiento, de modo que un graduado, a los pocos años de recibido, quedaría atrasado en sus conocimientos y hasta inhibido para un ejercicio actualizado y adecuado de la profesión.

En cambio, si la Universidad es capaz de infundir en el espíritu de sus estudiantes el anhelo de búsqueda constante de la verdad y de crear en sus inteligencias los hábitos de investigación y de muñirlas con los métodos rigurosos para su realización, a la vez que robustecer sus vo-

luntades con la disciplina y la virtud, los capacitará para un enriquecimiento y actualización incesante de su saber y, mediante ello, *los hará realmente cultos* en un nivel estrictamente universitario.

14. *La cultura universitaria: hecha vida*

La verdad tiende a iluminar y esclarecer no sólo la realidad de las cosas, sino también de la conducta y, cuando de verdad integral humanista se trata, tiende a iluminar y a dirigir la conducta y a impregnarla con ella, a convertirse en vida.

De aquí que si la tarea universitaria es esencialmente teórica y se desenvuelve en el plano de la de-velación de la verdad, de la verdad en todo su ámbito y en su unidad jerárquica, cuya cima está constituida por la verdad absoluta y divina que ilumina y da sentido al ser y vida humanos, sin embargo, por su índole misma esclarecedora del ser y deber-ser y por ende, de la conducta humana, esta labor de la Universidad tiende naturalmente a crear una responsabilidad moral y un estilo de vida ajustado como ninguno a las exigencias de la verdad, es decir, tiende a realizar una *labor integral de cultura o humanismo* en sus estudiantes y graduados, que penetra en todos los estratos de su vida y a través de los mismos y de su actuación científica, técnica o profesional así informada de humanismo, a transformar los distintos sectores de sociedad y a toda sociedad, con un estilo de vida humana y cristianamente buena, es decir, tiende a realizar el ideal de cultura o humanismo cristiano, cuando tal ha sido la formación universitaria en la sociedad.

III

CONCLUSIÓN

Con la organización de las síntesis doctrinal, armónicamente lograda en todos los sectores del saber, y con el cultivo especial de los conocimientos desinteresados que se vinculan con el humanismo y se desarrollan en las Facultades de Humanidades principalmente, la Universidad está capacitada —y, por eso mismo, obligada— a contribuir al desarrollo humanista y cristiano de sus estudiantes.

Este desarrollo es el más importante de todos para el hombre en la tierra. Sin él, todo otro desarrollo científico, económico o técnico no logrará satisfacer los anhelos más profundos y esenciales del hombre ni, darle, por ende, su felicidad y su paz en la posesión de su perfección específica.

Más aún, y sin este humanismo que impregne y unifique jerárquicamente los distintos sectores del saber, aún el desarrollo material favorecido por los conocimientos científicos, económicos y técnicos, carece de sentido, privado de su connatural fin humano, y se distorsiona en forma realmente inhumana. Se logra, en el mejor de los casos, una producción abundante de bienes materiales, mientras una gran mayoría de los hombres gime en el hambre y en la miseria o, en otros términos, se logra un desarrollo económico y técnico desarticulado de su natural destinatario que es el hombre.

De aquí que el desarrollo humanista, que puede y debe lograr la Universidad, obtendrá poder dar al hombre los bienes del espíritu, no sólo los únicos capaces de ayudar a encontrar el recto sendero del perfeccionamiento y bienestar natural humano sobre la tierra, al subordinarlo y hacerlo servir al hombre mismo, a su vida y fin espiritual específico, mediante una ordenación e integración de la ciencia, la economía y la técnica al bien del hombre en su realidad concreta personal y familiar.

En una sociedad humana cristianamente organizada bajo la hegemonía del espíritu con sus valores propios y de la vida divina implantada en el hombre por su incorporación a Cristo todo se subordina y sirve al hombre e hijo de Dios.

De aquí que una Universidad, sobre todo si es católica oficial o de facto, que trabaje por la implantación de un orden humanista cristiano en todo el ámbito del conocimiento y, a través del mismo, en todo el

ámbito de la cultura o desarrollo humano hace mucho más, no sólo en el plano espiritual, como es obvio, sino también en todo lo atinente al plano material y a su desarrollo, que los Institutos directamente consagrados al mismo, realizan, tales como las facultades de ciencia, economía y técnica.

A esta organización humanista del saber y, por ella, de toda la cultura o realización del perfeccionamiento humano, cabe aplicar la palabra de Jesucristo: *“Quaerite primun regnum Dei, buscad primero el Reino de Dios* —los bienes del espíritu y los bienes del mismo humanismo— *et haec omnia adjientur vobis*, y todas las demás cosas, aún las del desarrollo económico y técnico del bienestar natural, se os dará por añadidura”.